

Las argucias de Cholula

Ethelia Ruiz

Francisco González-Hermosillo Adams y Luis Reyes García, *El Códice de Cholula. La exaltación testimonial de un linaje indio*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Gobierno del Estado de Puebla, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Miguel Ángel Porrúa, 2003, 155 páginas+facsimilar+mapas.

No siempre se tiene la oportunidad de reseñar un trabajo de relevancia académica, cuya autoría recaiga no sólo en especialistas de renombre, pero especialmente en humanistas de excepcional sensibilidad para el trabajo con fuentes coloniales en lenguas indígenas. Son estos atributos los que como delicado *tlaquimilolli* recubre la edición, traducción de la difícil glosa en náhuatl, los estudios y eruditos comentarios de este interesante manuscrito, hasta hoy inédito.

El corpus pictórico original se compone de un pliego en papel amate con imágenes acompañadas de glosa escrita en náhuatl por ambas caras. Asimismo existen dos copias del códice, una en papel

europeo y otra en lienzo de algodón, probablemente elaboradas en los siglos XVII y XVIII, respectivamente. El estudio que acompaña *El Códice de Cholula* está escrito en impecable y elegante estilo, y es un análisis cuidadosamente construido por los autores a través de la importante información en náhuatl, que acompaña el anverso y reverso del códice, la atinada selección de fuentes primarias y secundarias, y el minucioso ejercicio de observar y comparar las imágenes. Todo este trabajo se traduce en una edición que no sólo proporciona un fascinante contexto histórico del códice y sus copias, sino que avanza en el planteamiento de problemas que se han explorado en menor medida.

Generalmente los estudios relativos a la historia de los pueblos indios coloniales han subrayado la parte legal castellana y sus adaptaciones dentro de la sociedad indígena (según la época). De hecho, aunque cada vez más contamos con trabajos que abordan el proceso de colonización de los pueblos indios, ha sido gracias a los estudios que recurren al análisis de fuentes en lenguas indígenas que hoy podemos comprender que existió, y existe, una impresionante e infatiga-

ble dinámica cultural por parte de los actores indios. Especialmente, en su forma de sobrellevar, sobrevivir y en resistir las numerosas imposiciones ocurridas a lo largo del periodo colonial. Ciertamente, algunas de estas imposiciones y sus dramáticas secuelas se pueden observar analizando las políticas tributarias de la segunda mitad del siglo XVI, o bien dentro del sistema de repartimiento forzoso de la mano de obra india dirigida a las minas y estancias. Así como en el diseño y consecución institucional del programa de congregación de los pueblos. Sin duda este contexto político y económico propició, entre otros fenómenos sociales, la pérdida del poder político de la nobleza nativa y de las órdenes religiosas, algunos de cuyos miembros habían fungido como intermediarios culturales entre el poder de la corona y sus cada vez más menudados vasallos indios.

Sin embargo, existe una laguna importante en nuestro conocimiento acerca de los diversos recursos y mecanismos políticos que los pueblos e individuos indios lograron construir, utilizar y ampliar para tener una mayor capacidad de negociación frente al poder español. Especialmente este es un novedoso

enfoque que abordan con maestría y originalidad los autores de la edición de *El Códice de Cholula*. En efecto, este estudio nos permite ir más allá del andamiaje institucional, y adentrarnos en el discurso tradicional —¿o no tradicional?— de legitimación elaborado por algunos pueblos e individuos indios.

¿Qué historia expresa este corpus pictórico? Al parecer, la de un linaje indio que sobrevivió gracias a una delación a la conquista europea, así como a los sucesivos acontecimientos que convulsionaron a los pueblos mesoamericanos. De hecho, el códice ofrece una serie de complejas y crípticas informaciones referentes a distintas épocas y acontecimientos en un tiempo mítico y real, en él se aborda la ambivalente relación entre un linaje de la ciudad de Cholula y los conquistadores, los colonos, las autoridades y los religiosos franciscanos. Las historias que se entretajan en este códice y la maestría con la que Luis Reyes y Francisco González Hermsillo nos dan sugerentes claves para su comprensión, me dieron pie para reflexionar acerca de algunos problemas.

Existen distintos problemas con respecto a los conceptos de tradición y de historia en sociedades no occidentales. La tradición no es una “cosa” fija, sino un proceso que nos deja huellas (artefactos, herramientas) que expresan y enseñan a los que siguen. Y como proceso, cambian (aunque queremos pensar que no cambian). Este dinámico proceso se observa, como señalan los autores, en la reelaboración de la tradición que involucró hechos históricos, como fue el de la tenaz resistencia bélica que los pueblos mesoamericanos mostraron frente al invasor. Concretamente la pelea que dieron los de Cholula frente a

Cortés y su ejército; así como la reivindicación que hacen los ¿reales o supuestos descendientes de una mujer de Cholula?, ¿miembro de la nobleza local? que dio aviso a Malintzin de que la ciudad de Cholula iba a convertirse en la tumba de los europeos y sus aliados indios.

Aquí podemos ver que hay un uso político de la tradición histórica por parte de los pueblos indios. Especialmente *El Códice de Cholula*, junto con documentos como títulos primordiales y códices Techialoyan de los siglos XVII y XVIII, nos remiten a un espinoso problema: ¿fueron estos documentos una elaboración, una invención o una reelaboración de los pueblos para la defensa de su territorio y su linaje?, ¿memoria o historia?, ¿defensa o adaptación?

Considero que la idea de constreñir las formas complejas de contar y marcar los acontecimientos pasados por parte de los pueblos indios se encuentra atravesado por el momento que les tocó y toca vivir. Este acontecimiento, aunado a nuestra dificultad para entender que su recuento del pasado se encuentra envuelto en mecanismos que involucran todos los sentidos. A diferencia de la forma occidental en donde el pasado no sólo es lineal y progresivo, sino que depende de la palabra que fija los hechos, los vuelve inmutables e inamovibles. La forma de asociar el pasado no parece ser lineal para los indios coloniales, es dúctil, dinámica, brota ante circunstancias que denotan una asociación de imágenes, sonidos, colores y rituales.

Hasta hace algún tiempo fue relevante discutir la falsedad o autenticidad de este tipo de documentos. Gracias a trabajos como el que aquí reseño se puede observar

el uso político, social y de prestigio que los individuos y pueblos indios hicieron de estas pictografías, independientemente de las formas de constatación histórica que utiliza la tradición occidental. Atinadamente vemos que en el trabajo de Francisco González y Luis Reyes se subraya el contexto de quienes *usaron* los códices y de los recursos que tenían para ello, así como las formas en que los negociaron. En otras palabras: estos documentos indígenas forman parte de una tradición antigua que se llama supervivencia, pero también legitimación.

En este sentido, los autores de esta espléndida edición comentan la figura imponente del *tlachiualtepetl* y cómo en el códice se menciona que el Arcángel San Miguel se los “desbarató”, y cómo alrededor de este pasaje el pintor indígena del códice mostró cuatro pedazos caídos. Al parecer, esta destrucción fue un castigo por la soberbia de la gente de Cholula, al pretender con su pirámide llegar al cielo. Aquí cabe recordar que este importante *altepetl* tenía como dioses patronos a Quetzalcoatl y a *Chicnahuiquiahuitl* (nombre calendárico de Tláloc), ambos númenes garantizaban la prosperidad del lugar. Esta asociación me recordó un relato que me hizo un maestro indígena de Tixtla, Guerrero. Él me decía que en realidad la ciudad de México se iba a fundar en Tixtla, pero que un acontecimiento violento lo impidió. Me explicó que algunas personas de la región solían decir que hace mucho tiempo (no había recuerdo del año) un águila volaba buscando un nopal para fundar una ciudad, y cuando pasó por encima de los cerros que rodean Tixtla quiso detenerse en uno de ellos, cuya parte superior se encuentra trunca, pero que en aquellos tiem-

pos no lo estaba. Sin embargo, me dijo que justo en el momento en que el ave descendía, un gran número de “chaneques” le dispararon flechas para ahuyentarla. El águila molesta arrancó con su pico la parte superior del cerro y

la lanzó al otro lado, alejándose rápidamente del lugar, incluso hoy se pueden ver fragmentos rocosos alrededor.

Quizás, se podría pensar que los “chaneques” representan a las fuerzas nocturnas y telúricas que

se oponen al águila solar. Quizás para alguien de Tixtla es así o quizás no lo sea. Aunque, ¿no se parece lo que me contó el maestro al relato del incompleto *tlachihualtepetl*?

Viva Tepito

Mario Barbosa

Ernesto Aréchiga Córdoba, *Tepito: del antiguo barrio de indios al arrabal. 1868-1929, historia de una urbanización inacabada*, México, Ediciones Uníos, 2003.

Mencionar la palabra Tepito genera inmediatamente una imagen. Romper esta imagen estereotipada a partir de una acuciosa investigación documental es quizás uno de los principales propósitos de este libro de Ernesto Aréchiga Córdoba. En adelante, se presentan los temas centrales del libro y se subrayan los aportes más relevantes de la investigación en el campo de la historiografía social y urbana.

El autor, en primer lugar, hace una ubicación espacial de Tepito. Un buen inicio para situar al lector contemporáneo en un espacio que se denomina genéricamente como tal, pero que actualmente está compuesto por unas cuantas colonias, varias de ellas herederas de nombres de pueblos de indios y de una mezcla de voces indígenas y españolas. En este preám-

bulo y antes de entrar en materia, el autor aborda la historia de barrios dentro de la historiografía urbana mexicana, francesa y estadounidense de las últimas décadas; en este recorrido, ubica su historia en la búsqueda de las particularidades de Tepito en medio de procesos generales de modernización de la ciudad que los habitantes no vieron reflejados en las calles ni en las habitaciones donde vivían, socializaban y rebuscaban su sustento.

De aquí en adelante, el autor teje la urdimbre de su historia a partir de 1868, fecha que ubica como el final de la época del barrio de indios como corporación y del inicio de una nueva, una época en la que crece la población, se integra a la vieja traza de la ciudad y comienza a formarse una imagen, una leyenda negra hacia el exterior pero también una leyenda heroica y de orgullo de pertenencia a su espacio vital, a su “barrio bravo”. Aréchiga presenta los rasgos espaciales de la zona y caracteriza la relación entre los antiguos pueblos y los barrios como base para señalar que Tepito se configuró más

por la identidad de sus habitantes que por una orden externa o por los cambios en las jurisdicciones civiles o eclesiásticas.

Como parte de la caracterización de la urbanización en Tepito, aborda los fraccionamientos del sitio y aporta reflexiones importantes para investigaciones posteriores en un periodo en que comienza el crecimiento espacial y poblacional de la Ciudad de México. Considero como un aporte de este libro, la propuesta de hacer más compleja la mirada sobre los fraccionamientos y de mostrar que el crecimiento de la mancha urbana no sólo tuvo como protagonistas a los grandes capitales, a los intermediarios mexicanos (conocidos como “portafolieros”) y a las autoridades municipales, distritales y federales. El autor observa que el proceso de urbanización fue diferente en otras zonas de la ciudad y subraya que es necesario observar las particularidades de los pequeños fraccionamientos y no generalizar el modelo propuesto por otros investigadores. En estas páginas estudia, por ejemplo, las particularidades de la colonia